

EL CABALLERO BLANCO

Andres Felipe Baños Randal¹



En una tranquila noche en Ciudad Hammerlock, silenciosa y casi eterna, Micah estaba sentado en su habitación jugando con sus figuras de acción. Sobre la mesa había un espejo de bordes de plata, algo gastados, que había pertenecido a su abuelo. A veces, escuchaba cosas en el reflejo.

Recordaba lo que su abuelo solía decirle: *“Nunca mires mucho tiempo tu reflejo, pues el reflejo también verá algo en ti, y tal vez veas algo más allá.”*

Esa misma noche, Micah escuchó su nombre repetido varias veces desde el espejo, y su

¹ Correo electrónico: andresbanosrandal7@gmail.com



curiosidad infantil lo impulsó a acercarse. Vio cómo su habitación se alargaba y cómo aparecía una luz al final, que se acercaba más y más. Al tocarla, despertó sintiendo algo raso-
so en su espalda y un viento frío recorriendo su cuerpo.

Al abrir los ojos, se encontró en un lugar hermoso: un campo inmenso, montañas tan altas que parecían atravesar las nubes y dos lunas que se asomaban en pleno amanecer.

Mientras caminaba, escuchó el sonido de cascos a la distancia. Se acercaban con rapidez. Al mirar en la dirección del estruendo, distinguió la figura de un caballo que poco a poco se hizo más nítida. Cuando se detuvo frente a él, Micah sintió un frío intenso.

Era un caballo blanco como la nieve. Sus patas estaban cubiertas de hielo, simulando una armadura; portaba un yelmo cristalino que se fundía con la montura. Su jinete, pequeño pero imponente, llevaba una capa real. Su rostro era el de un ciervo y sobre su cabeza brillaba una gran corona, casi más grande que él mismo. Su mirada era fría y severa.

Cuando Micah intentó hablar, el jinete se anticipó sin mover siquiera la boca:

—Has acudido a mi llamado, joven del otro reflejo. Solo tú puedes derrotar al dragón Valkya, gobernante del espacio y sediento de poder por la Corona de Evergreen, mi reino... todo lo que ves.

El niño, nervioso, respondió:

—Eh... ¿por qué yo? Y además, ¿quién eres tú?

El ser contestó:

—Soy Vaxcalirex, soberano de Evergreen y protector del Bosque Arlequín. Este es mi corcel, Glaciaroon. No temas, tu abuelo fue un gran amigo mío y ahora tú debes cumplir con su profecía. Debemos llevarte con los guardianes de la Espada y el Escudo de Evergreen, para que obtengas el poder del Caballero Blanco.

Micah montó a Glaciaroon y cabalgaron hasta el Bosque Arlequín, lleno de árboles, claros y hadas. Sin embargo, mientras avanzaban, vieron a lo lejos una ciudad en llamas: Valkya ya había dejado su destrucción, lo que significaba que debían apresurarse.

Al llegar al bosque, dos lobos enormes los recibieron. El primero portaba una gran espada en sus fauces; su pelaje parecía una armadura de mallas azules con placas naranjas. El segundo, de pelaje rojizo e imponente armadura, llevaba un manto que se asemejaba a un gran escudo.

Sus nombres eran Zacian y Zamacenta, la Espada y el Escudo.

Zacian habló primero:

—Al fin llegas, descendiente del Caballero Blanco.

Zamacenta añadió:

—Tú serás nuestra victoria contra Valkya, como lo fue tu abuelo hace años. Nuestro poder será tu escudo, chico.

Casi como si lo hubieran invocado, Valkya apareció en lo alto del cielo lanzando rocas ardientes. Su cuerpo parecía de mármol, atravesado por líneas rosadas que se extendían hasta su cola. Con el halo en su cabeza invocó meteoritos que cayeron sobre los héroes, pero Zamacenta los cubrió a todos.

La lucha fue intensa. Valkya tenía la ventaja: sujetó a Vaxcalirex y lo arrojó fuera del bosque. Zacian y Zamacenta quedaron heridos, y Micah, paralizado por el terror.

Ambos lobos hablaron al unísono:

—¡Levántate, Caballero Blanco, y devuelve la paz a Evergreen!

Sus cuerpos brillaron, y sus armaduras se transformaron en una espada y un escudo. Mientras tanto, Vaxcalirex se quitó la corona y la envió con Glaciaroon para que Micah la tomara.

El niño, al colocársela, se transformó en el Caballero Blanco. Blandiendo la espada y el escudo, luchó contra Valkya. El combate partió los cielos, hasta que su espada abrió un portal en el espacio, que engulló tanto al dragón como a él mismo.

Antes de desvanecerse, Vaxcalirex y los lobos dijeron:

—Gracias por salvar el reino, joven Micah. Nos encontraremos en otro momento.

Cuando Micah despertó, estaba de nuevo en su habitación. A su lado descansaba su pequeño lagarto mascota, Rex, y el espejo permanecía intacto... como si nada hubiera pasado.